

El desafío de acompañar a una generación que nos invita a hablar: a 20 años de la ESI

Criar y educar a la primera generación que creció con la ley nos exige deconstruir nuestros propios silencios y animarnos a aprender de la mano de las infancias y adolescencias.

Autoría: Mariela Zyssholtz
Volumen 10, julio 2026.

Quienes hoy ocupamos roles de cuidado, acompañamiento y educación crecimos, en su inmensa mayoría, sin la Ley ESI. Para nuestra generación, la sexualidad solía estar rodeada de silencios incómodos, eufemismos o, en el mejor de los casos, de discursos puramente biologicistas centrados en el riesgo y la prevención. No nos enseñaron en la escuela a poner en palabras lo que sentíamos, a identificar violencias invisibilizadas ni a entender el consentimiento como una práctica cotidiana y amorosa. Reconocer eso es el primer paso, no para culparnos, sino para liberarnos de la presión de tener que dar respuestas perfectas.

En 2006, cuando se sancionó la Ley de Educación Sexual Integral (ESI), la mayoría de quienes hoy acompañamos a las infancias y adolescencias —ya sea desde la crianza en casa, las aulas, los equipos de orientación o los espacios comunitarios— transitábamos nuestra propia adolescencia o juventud. Fuimos, en gran medida, una generación educada en el silencio o en el miedo; formados en una época donde la sexualidad se limitaba a una fría lámina del aparato reproductivo en la clase de biología o a la advertencia de los peligros que debíamos evitar. Hoy, a veinte años de aquel hito histórico, el escenario es otro: nos toca el enorme y hermoso desafío de sostener a la primera "Generación ESI".

Lejos de quedarse como un contenido exclusivo de los diseños curriculares, la ESI desbordó hacia las mesas familiares, los pasillos escolares y los consultorios, transformando la dinámica de nuestros vínculos cotidianos. Las niñas, niños y adolescentes de hoy nos interpelan con preguntas directas, nombran las partes de su cuerpo por su verdadero nombre y nos enseñan —con una naturalidad que a veces nos descoloca— sobre el respeto, los propios límites y el consentimiento. Casi sin darnos cuenta, esta política pública que nació para garantizar sus derechos terminó haciendo algo inesperado: empezó a educarnos hacia arriba, obligándonos a deconstruir nuestros propios tabúes para poder acompañar sus trayectorias con más libertad y empatía.

Nosotros, la generación del "de eso no se habla"

Quienes hoy ocupamos roles de cuidado, acompañamiento y educación crecimos, en su inmensa mayoría, sin este marco de derechos. Para nuestra generación, la sexualidad solía estar rodeada de silencios incómodos, eufemismos o, en el mejor de los casos, de discursos puramente biologicistas centrados en el riesgo y la prevención. No nos enseñaron en la escuela a poner en palabras lo que sentíamos, a identificar violencias invisibilizadas ni a entender el consentimiento como una práctica cotidiana y amorosa.

Por eso, resulta completamente lógico que a veces sintamos inseguridad o temor a equivocarnos frente a las infancias y adolescencias de hoy. Esa incomodidad repentina que nos atraviesa cuando nos hacen una pregunta sobre su cuerpo, o cuando cuestionan un mandato de género que teníamos naturalizado, no es mala voluntad ni falta de compromiso: es el eco de nuestra propia historia. Reconocer eso es el primer paso, no para culparnos, sino para liberarnos de la presión de tener que dar respuestas perfectas.

Cuando la ESI fluye hacia arriba: aprender de las infancias

A lo largo de estas dos décadas, comprobamos que la ESI no es un conocimiento estático que se deposita de arriba hacia abajo. Funciona como un

ecosistema vivo. Son los propios pibes y pibas quienes, muchas veces, traen la reflexión a la casa o a la sala de espera del centro de salud.

Ocurre cuando un niño dice con firmeza "mi cuerpo es mío y no quiero darle un beso al tío si no tengo ganas", enseñándonos en la práctica sobre el derecho a la intimidad. Sucede cuando nombran sus genitales sin apodos cargados de vergüenza. O cuando un grupo de adolescentes nos habla de responsabilidad afectiva, demostrando que la sexualidad está íntimamente ligada al cuidado del otro. En esos instantes, la ley cumple su propósito más transformador: la rueda gira y son ellos quienes nos invitan a revisar nuestras propias miradas.

Acompañar desde la incomodidad

Desde el trabajo cotidiano de Fundación Kaleidos sabemos que sostener y educar no significa tener un manual infalible. Al contrario, es un acto de construcción y de escucha constante.

Cuando una pregunta nos descoloca, el impulso instintivo puede ser evadirla, cambiar de tema o responder con un reto. Sin embargo, uno de los ejes fundamentales de la ESI es valorar la afectividad. Esto nos invita a hacer una pausa y amigarnos con la incertidumbre. Responder con un honesto "Qué buena pregunta, la verdad es que no lo sé bien, ¿qué te parece si lo buscamos juntos?" es una intervención profundamente valiosa.

Al hacerlo, no solo validamos la curiosidad de esa niña, niño o adolescente, sino que les demostramos que somos un refugio seguro. Saber que pueden preguntar sin ser juzgados es, en definitiva, la mejor manera de hacer prevención. El objetivo no es no incomodarse nunca, sino evitar transmitirles a las infancias que esa incomodidad nuestra es sinónimo de que hicieron algo malo.

El horizonte a 20 años: un legado que nos sana

A veinte años de su sanción, la Ley de Educación Sexual Integral demostró ser mucho más que una normativa escolar: es una herramienta indispensable de cuidado, una red comunitaria contra las violencias y un mapa para la construcción de vínculos más humanos y saludables.

Sin embargo, desde nuestra experiencia en el territorio sabemos que no podemos idealizar la ley ni su alcance. Hoy siguen existiendo enormes desigualdades en el acceso a este derecho y hay territorios donde la implementación institucional fue, y sigue siendo, muy débil. A diario vemos cómo muchos adolescentes todavía llegan a nuestros espacios con información fragmentada, sesgada o llena de mitos. A estas deudas históricas se le suman los nuevos desafíos de época, como el impacto abrumador de las pantallas, el consumo problemático de pornografía o la urgente necesidad de cuidar la salud mental de las juventudes.



Pero hoy enfrentamos estas tensiones con una ventaja inmensa: tenemos a la ESI como lenguaje común y como piso de derechos garantizados, una base desde la cual exigir lo que aún falta.

Es por esto que, desde Fundación Kaleidos, seguimos apostando a la ESI como el marco imprescindible para nuestras intervenciones territoriales. Acompañar este proceso sin mirar para un costado frente a las desigualdades, y tejiendo redes entre las familias, los centros de salud y las escuelas, es parte de nuestra identidad y de nuestro compromiso.

Hace dos décadas, el país dio un paso fundamental para proteger a las infancias y adolescencias. Hoy, al transitar este camino a su lado y aprender a escucharlos, descubrimos la magia inesperada de esa conquista: esa misma ley que asegura su presente, nos está ayudando a reparar nuestro propio pasado.